

Círculo Rojo

Indeseables

Indeseables

David López Cabia

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2017

Depósito legal: AL 1994-2017

ISBN: 978-84-9175-815-0
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David López Cabia
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imagen de cubierta: Laureano Clavero.

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A Jesús Hernández, por creer en mí.

A Pere Cardona, porque quien tiene un amigo tiene un tesoro.

A Laureano Clavero, un hombre con espíritu emprendedor.

A Sergio García, Ana Domingo y Mateo, porque son una familia entrañable.

A Lucía Fernández y Germán Esteban, amigos y compañeros de trinchera.

A Ángela Hipólito, porque siempre me has apoyado.

A José Javier Moreno y Óscar Ruíz, inseparables compañeros de fatigas.

A Jesús Zamanillo, mi mentor.

En memoria de los canadienses que lucharon en la batalla de Dieppe.

PRÓLOGO

Hace no muchos años, escribir sobre la Segunda Guerra Mundial para un autor español era una ardua misión. En mi caso, me veía obligado a viajar a Londres para comprar en sus bien provistas librerías, que se presentaban ante mis asombrados ojos como un auténtico paraíso, comparado con los eriales en los que teníamos que rebuscar aquí alguna novedad digna de leer.

Después, con la llegada de internet, a los autores españoles se nos abrió la posibilidad de adquirir cómodamente toda la bibliografía necesaria para satisfacer nuestras necesidades, pudimos acceder a archivos virtuales, leer tesis doctorales, ver fondos fotográficos... El fruto de esas facilidades fue una hornada de historiadores que, por fin, pudo escribir obras divulgativas y de investigación académica sobre la Segunda Guerra Mundial. A pesar de las dudas iniciales de los editores, el público español respondió a ese esfuerzo y ahora contamos con obras de gran nivel, que en algunos casos poco tienen que envidiar a las de los autores anglosajones más renombrados.

Con esta novela de David López Cabia, se demuestra que la calidad ha llegado también al género de la ficción. En su obra, el autor demuestra que conoce a la perfección aquello de lo que habla. Para mí, hay tres requisitos fundamentales a la hora de es-

cribir una novela: documentarse, documentarse y documentarse. Y David ha cumplido con ellos. De sus páginas se desprende que es un apasionado de las operaciones especiales que los Aliados lanzaron durante la guerra, y que ha leído lo suficiente para moverse con soltura por esos escenarios, como si estuviera viendo a aquellos soldados en mitad de aquellas arriesgadas misiones, de las que conoce hasta sus más pequeños detalles.

Pero para escribir una buena novela no sólo hay que documentarse, sino también poseer talento para explicar una historia, y eso no se aprende, sino que se tiene o no se tiene. Pues David lo tiene de sobras; en Indeseables la acción es trepidante, los diálogos son ágiles, los saltos temporales o geográficos no desorientan al lector en ningún momento y los personajes transmiten un carácter tan marcado que los hace cercanos y reales.

Por otra parte, es difícil leer la novela y no acordarnos de los libros de otro autor que hemos leído todos los apasionados por la Segunda Guerra Mundial, Sven Hassel. David ha recogido su testigo y nos presenta también a un grupo de soldados a los que les une la amistad más indestructible y en el que nunca falta el humor. En mitad de la tragedia de la guerra, tanto un autor como otro nos demuestran que el humor es la mejor manera de enfrentarnos a un destino incierto, en el que cualquier misión puede ser la última.

Si el humor sirve para soportar mejor la tensión de la guerra, lo mismo se puede decir del amor. David nos ofrece en su obra una historia de amor, sí, pero huyendo de los tópicos y los lugares comunes, imbricándola en las urgencias y en los miedos que atenazaban hasta al soldado más valiente.

Y, como me gusta que los prólogos sean cortos, porque lo que interesa es lo que tiene que explicar el autor y no el prologuista, me aplico el cuento y lo dejo aquí. De la mano de David, disfruten sin más dilación de las aventuras de este grupo de indeseables.

Jesús Hernández
Historiador y periodista

NOTA HISTÓRICA

El 4 de junio de 1940 los últimos hombres de la Fuerza Expedicionaria Británica se retiraron de Francia desde Dunkerque. La implacable maquinaria militar alemana conquistaba Europa valiéndose de nuevas tácticas basadas en el uso combinado de artillería, blindados, infantería y aviación. La blitzkrieg o guerra relámpago no paraba de brindar éxitos al Ejército alemán y Francia era derrotada.

Eran tiempos oscuros para el Reino Unido, los británicos luchaban en solitario contra Alemania. Negándose a asumir un papel de defensa pasiva, el primer ministro británico, Winston Churchill, autorizó al teniente coronel Dudley Clarke para la creación de los comandos.

Esta nueva fuerza de combate estaba integrada por grupos de hombres entrenados para atacar rápidamente desde el mar causando el máximo daño en las retaguardias enemigas. Los aspirantes debían superar un extenuante periodo de instrucción en Escocia, donde soportaban interminables caminatas, aprendían técnicas de supervivencia y eran adiestrados en combates cuerpo a cuerpo, asesinato sigiloso, demoliciones y en el uso de toda clase de armas de fuego. Eran muy pocos los que conseguían completar

el riguroso entrenamiento y lograban la característica boina verde de los comandos.

La presente novela toma como escenario una de las incursiones de los comandos, el ataque a Dieppe, efectuado el 19 de agosto de 1942. En esta ocasión, el desembarco de las tropas canadienses, los rangers americanos y los comandos británicos se convirtió en una auténtica carnicería.

Por lo que respecta al objetivo del ataque a Dieppe nos encontramos con distintas versiones; hay quien mantiene que el fin de la Operación Jubileo era capturar el puerto de Dieppe durante varias horas y probar la capacidad de reacción alemana, sin embargo, el historiador David O´ Keefe defiende que el objetivo de la incursión era capturar una máquina de cifrado Enigma de cuatro rotores que se hallaba en la ciudad de Dieppe. Según O´Keefe, consiguiendo dicha máquina de cifrado, los cerebros de la Inteligencia británica en Bletchley Park podrían descifrar los códigos alemanes.

Los protagonistas, y especialmente el teniente Rodney Moore, el líder del peculiar comando de esta novela son personajes ficticios por lo que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1
PRISIONERO

Las guerras no se ganan con evacuaciones.
Winston S. Churchill

Dieppe, Francia, 19 de agosto de 1942

Dispensó una ráfaga de plomo a un soldado alemán que cargaba fanáticamente contra su precaria posición. El teniente Rodney Moore introdujo el último cargador en su subfusil Thompson. Hordas de uniformes verdes grisáceos se cernían sobre él. Trataba de contenerlos como buenamente podía, utilizando la munición de forma eficiente y disparando contra blancos seguros.

Aspiraba cada bocanada de aire como si fuese la última. Había pasado los últimos años viviendo de forma temeraria, pero aquella mañana de agosto tenía la sensación de que iba a ser su último día. Veía la muerte cerca. Un teutón emergió de entre un montón de escombros enarbolando una granada. Moore le acribilló justo después de que su enemigo retirase la anilla. La granada explotó sin mayores consecuencias.

—¡Mierda! —maldijo Moore al agotar la munición de su Thompson.

Echó mano del fusil Enfield con mira telescópica retirándolo de las frías e inertes manos de Stevenson. Abrió fuego contra un alocado teutón que disparaba su metralleta MP-40 a bulto, el soldado germano se desplomó sobre los adoquines. Tiró del cerrojo del Enfield y buscó a un oficial enemigo que graznaba órdenes sin cesar. Vio la cabeza de su presa asomando entre un montículo de cascotes. Cuando se disponía a apretar el gatillo, una granada entró por la ventana. Moore se alejó y el artefacto estalló arrojando sobre él polvo y fragmentos de madera. Sus oídos quedaron entumecidos, pero estaba decidido a seguir luchando hasta el final, iba a llevarse por delante a tantos enemigos como pudiese.

Estaba furioso, en su mente sólo había espacio para una palabra: matar. Ardía en deseos de venganza después de ver a otros canadienses caer triturados en las playas de guijarros de Dieppe.

Logró mantener a raya a los enemigos más adelantados con precisos disparos de fusil y más cadáveres poblaron las aceras. Por un momento se lamentó de que lo mejor que sabía hacer era matar. Una bala rozó su mano izquierda y sintió la incandescencia del plomo abrasando su piel antes de proferir un alarido. El Enfield cayó de sus manos y entonces el rostro de Sylvie desfiló por su rostro. La explosión de otra granada volvió a entumecer sus oídos al tiempo que sobre él caían polvo y cascotes. Las voces de los soldados germanos resonaban como ecos lejanos y su visión era borrosa, apenas podía distinguir sus manos ensangrentadas.

Se sentía terriblemente débil y patético, distaba mucho de ser el comando de antaño que arriesgaba su vida de manera temeraria. Sus temores se hacían realidad, el ataque a Dieppe iba a ser su última misión. Notó el familiar sabor de la pólvora y de la sangre en su boca, era el sabor de la derrota: siempre retirándose, siempre huyendo acosados ante el todopoderoso Ejército alemán.

La retirada de Dunkerque, la huida desespera a través de las calles de Saint-Nazaire y ahora, sus últimos momentos de vida en una aciaga mañana en Dieppe.

Vuelve, Rodney, vuelve. La voz de Sylvie resonaba en su cabeza pidiéndole que no muriese tratando de llevarse por delante a tantos alemanes como pudiese. Su estómago volvió a jugarle una mala pasada y se retorció de dolor, eran los nervios y el miedo acosándole.

Su vida era un maldito disparate, siempre lo había sido. Su día a día consistía en eternos entrenamientos en tierras escocesas, peleas en los pubs, borracheras junto a su pequeña unidad e incursiones suicidas tras las líneas enemigas. Deslizó su mano derecha hacia la funda de su pistola y echó mano de su Colt, su último recurso para contener a las hordas que le acorralaban.

Logró endosarle una bala en el pecho a otro teutón que se había arriesgado más de la cuenta. Volvió a agacharse cuando las ráfagas enemigas acribillaron la pared de la desvencijada casa en la que se ocultaba. No cejó en su resistencia, en vano trataba de contener a fuerzas muy superiores que cada vez estaban más cerca. Cada vez disparaba con menos precisión.

Años atrás no se hubiera imaginado muriendo a manos de una furibunda multitud de alemanes. Pero la inocencia había quedado atrás hacía mucho tiempo, se fue por el retrete desde el momento en que disparó por primera vez durante la retirada de Dunkerque. Encañonó con su Colt a un fusilero alemán, pero el germano fue más rápido y una bala le alcanzó en el brazo y la pistola se le cayó de las manos. Moore emitió un grito ahogado, buscó su pistola y antes de que su adversario volviese a apretar el gatillo logró despacharle con dos balazos.

Vuelve, Rodney, vuelve. No podía soportar la quemazón del brazo. El sufrimiento iba más allá del dolor físico, su moral se había resquebrajado. La desazón hizo que el pecho de Moore se hinchase cargado de aflicción. Un soldado germano irrumpió en

el interior de la construcción. Moore, escaso de fuerzas se las arregló para vaciar todo el cargador de su pistola sobre él. Desfalleció y su Colt resbaló de entre sus dedos. Buscó a tientas su cuchillo mientras se retorcía de dolor, entonces sintió el cañón de un arma clavándose en su espalda.

—Sylvie —murmuró un exhausto Moore dándose por vencido.

Su captor emitió una serie de bramidos que Moore no pudo comprender, después recibió un fuerte golpe en la cabeza. Todo dio vueltas a su alrededor y notó un tirón en sus piernas. Vio las columnas de humo ascendiendo hacia los cielos grises mientras era arrastrado por dos alemanes. Lo dejaron tendido sobre los adoquines mientras una multitud de soldados lo rodeaban con ganas de venganza. Había matado a tantos hombres que no esperaba piedad de sus adversarios.

Uno de ellos agarró de las solapas a Moore y le obligó a ponerse en pie.

—¡Levanta! —ordenó un corpulento teutón en un inglés macarrónico.

Moore permaneció sentado en el suelo. No tenía ninguna intención de obedecer a aquella mole. Su oponente, un cabo gigantón de casi dos metros de estatura, ojos azules y facciones angulosas le dedicaba desafiantes miradas de desprecio que Moore se esforzaba por ignorar.

—¡Vamos, cabrón! Ahora no eres tan valiente, ¿eh? Los comandos sois unos cobardes que lucháis sin honor, ¡terroristas!

—¡Aplástale la cabeza! ¡Que conozca el dolor!

—¡El cabo Schulz te arrancará las pelotas, maldito inglés! Los comandos merecéis morir como perros.

—¡Venga, Schulz, queremos sangre!

La multitud jaleaba al cabo. Para Moore no era más que un orangután descerebrado con ansias de pelea. Todos deseaban su muerte. Era como cuando en el instituto los matones de su clase

le acorralaron para darle una paliza, aunque esta vez daba mucho más miedo.

Schulz volvió a tirar de las solapas de Moore, que haciendo uso de su resistencia pasiva evitó entablar combate.

—Se un hombre por una vez en la vida y pelea.

Moore aspiró el pestilente olor corporal de Schulz e inmediatamente después recibió una bofetada. Los espectadores estallaron en aplausos y carcajadas. La mirada vacía de Moore se llenó de rabia, había sucumbido a las provocaciones de Schulz. Trató de contenerse, pero era imposible, incluso con una herida de bala en el brazo izquierdo tenía ganas de pelear contra una mole como Schulz.

—¡Los comandos sois unos puercos! ¡Una banda de cobardes que asesinan por la espalda!

—No deberías hablar así de los comandos —replicó Moore herido en su orgullo.

Schulz sonrió, pronto Moore suplicaría clemencia mientras languidecía entre sus brazos.

—¡Comandos, la escoria de Imperio Británico! Hoy ha sido un gran día para Alemania. Mira la playa, está llena de cadáveres canadienses. Me alegro de que estén todos muertos —Schulz se rio de los muertos—. Vamos a tener que recoger a esos canadienses con cucharilla. Tal vez podamos utilizar sus restos para dar de comer a los cerdos.

—¡Por Canadá y por los comandos! —Moore cargó contra Schulz.

Era todo corazón y colisionó inútilmente contra el estómago de Schulz. El alemán encajó el golpe como si nada. Desplazó a Moore varios metros con un fuerte empujón y los soldados se rieron del desvalido comando.

—Prepárate para morir —amenazó Schulz.

El teutón lanzó un derechazo, que un tambaleante Moore logró esquivar en el último momento. Moore se las arreglaba

para esquivar los puñetazos de Schulz, su rival era fuerte pero demasiado lento. Logró situarse a su espalda y le propinó un buen golpe a la altura de los riñones. Schulz profirió un gemido, sin embargo, se rehízo rápidamente.

—¡Muere! —Schulz logró asestar un golpe en el estómago que abatió a Moore.

Dolorido, Moore se retorció sobre el pavimento. Lamentó su gran error, en la instrucción le enseñaron que nunca debía irse al suelo en un combate cuerpo a cuerpo y si lo hacía, debía levantarse lo antes posible. El brazo le ardía como si le hubiesen marcado con un hierro incandescente y la cabeza le daba vueltas. Los abucheos y las burlas del tumulto que se congregaba a su alrededor habían dejado de aterrorizarle, había logrado transformar el miedo en odio. Su único objetivo era noquear a Schulz.

Logró zancadillear a Schulz, su enorme adversario cayó estrepitosamente al suelo. Los suyos dejaron de jalearle. Moore aprovechó la ocasión para patear el estómago de Schulz con todas sus fuerzas. El alemán emitió un alarido ahogado y Moore, clavando su bota derecha sobre la espalda del teutón retorció el brazo derecho de Schulz.

—¡Basta, basta, ayuda! —suplicó Schulz.

—¡Por Canadá! —bramó Moore hecho una furia.

Alguien le golpeó en la cabeza por detrás y se desplomó. Apenas podía discernir qué ocurría a su alrededor, sólo veía un montón de botas propinándole un sinfín de puntapiés.

—¿Qué es esto? ¡Ya basta! ¡Dejadle en paz! ¡Os dije que trataseis bien a los prisioneros! ¡Largo de aquí, animales!

Un joven sargento de la Wehrmacht, pistola en mano y con cara de pocos amigos intercedió por Moore. La turba se dispersó. El suboficial ayudó a Moore a incorporarse y le limpió las manchas de sangre. El rostro de su salvador era tan difuso que no podía distinguirlo.

—Gracias —balbució Moore.

—No hay de qué, nosotros intentamos tratar bien a los prisioneros, pero los comandos no sois bien vistos en nuestro Ejército. Hay quien dice que sois un puñado de asesinos salvajes y terroristas.

Moore esbozó una sonrisa irónica.

—Es la guerra, todos somos unos asesinos.

El sargento pensó que Moore tenía razón y asintió. En aquel lugar, todos habían quitado alguna vida, eso los convertía en asesinos. Moore suspiró afligido, al borde del llanto y el sargento, administrándole las primeras curas se percató de que algo le atormentaba.

—Eh, tranquilo, todo ha terminado, ahora esperarás a que la guerra termine en un campo de prisioneros, lejos del frente: tendrás un techo y comida, harás deporte y podrás dedicarte a leer, escribir o reflexionar sobre la existencia del ser humano.

Intentó mirar en dirección a la playa. Las columnas de humo brotaban de entre los guijarrales. Alcanzó a ver algunos tanques Churchill reducidos a amasijos de acero ardientes, pero lo más descorazonador fue ver los cientos de cuerpos inertes en grotescas posturas. La juventud canadiense había sido aniquilada en Dieppe.

—Ya —replicó Moore con desazón—. Pero no sé si podré olvidar eso. Esos chicos, eran canadienses, como yo.

El sargento volvió la vista hacia los cuerpos inertes de cientos de canadienses, aquellos jóvenes no habían tenido dónde resguardarse y habían sido masacrados en unas pocas horas. Una suave brisa le hizo aspirar el repugnante hedor del campo de batalla.

—Yo también vi cosas horribles en Rusia, cuando lo recuerdas duele, pero acabas saliendo adelante.

El sargento le ofreció agua de su cantimplora y Moore aceptó. Bebió un buen trago, que le resultó revitalizador. Por fin pudo distinguir los rasgos del sargento. Tenía un rostro fresco y unos ojos azules que transmitían confianza.

—Así que canadiense —observó el sargento—. ¿Qué haces aquí? Estás muy lejos de tu hogar.

—Tienes razón, no sé qué hago aquí, supongo que es porque mi vida es un jodido disparate —respondió Moore mientras reía al recordar las tropelías que había cometido—. Me he emborrachado hasta caerme de culo, he provocado peleas en los peores antros de Londres, una vez robamos una oveja y nos la llevamos de pubs. ¡Coño, hasta agarré una de esas cobras de la India con mis propias manos!

El sargento prorrumpió en carcajadas al escuchar las aventuras de Moore.

—¿A ti de dónde te han sacado? Creo que necesitas un psiquiatra.

—Un psiquiatra quiso estudiar mi locura, pero se asustó y salió corriendo —respondió Moore con ironía.

—Aguanta un poco, volveré con un enfermero y te llevaremos a un hospital.

Moore asintió. El sargento ordenó a uno de sus hombres que se encargase de custodiar a su prisionero, nada debía pasarle en su ausencia. Moore suspiró aliviado, no importaba el dolor, era feliz. Se había obsesionado con la muerte, pero después de todo, tenía la sensación de que iba a lograr sobrevivir a la guerra.

Las relucientes botas de un oficial de las SS repiquetearon contra el pavimento. Un mayor, pulcramente uniformado, con una calavera con dos tibias cruzadas en su gorra, pistola al cinto y luciendo una siniestra sonrisa se percató de la presencia de Moore.

—¡Mierda! —farfulló Moore al distinguir las facciones afiladas del mayor Ziegler.

—Parece que volvemos a encontrarnos, teniente.

—¡Que le jodan!

—Respuesta equivocada, teniente —replicó Ziegler—. Dieter, Kurt, coged a ese teniente y subidlo a ese camión, vamos a llevárnoslo para un interrogatorio.

—Señor —replicó el soldado que custodiaba a Moore—. No pueden llevárselo, es nuestro prisionero, mi sargento ha ordenado que…

—Sepa que mi autoridad está muy por encima de la de su sargento.

—Pero, señor…

—¡Cabrones, soltadme! —bramó Moore.

Ya era tarde, los dos esbirros de las SS de Ziegler habían comenzado a arrastrar a Moore hasta el camión. El teniente de comandos, presa de la angustia, trató de revolverse, pero lo único que consiguió fue un fuerte puñetazo de uno de los matones de Ziegler. Moore siguió tratando de zafarse de los dos SS. Uno de ellos introdujo sus dedos en la herida de bala de Moore. El canadiense aulló de dolor, su cuerpo quedó bañado por un sudor frío mientras se retorcía. Fue arrojado al interior del camión como si se tratase de un saco de estiércol.

—Si cree que lo que ha vivido esta mañana es el infierno, sin embargo, está usted equivocado, yo soy el mismísimo infierno y ahora está en mis manos.

Moore, incapaz de soportar más dolor, se desmayó.

*****

Despertó en una lúgubre estancia. Apenas podía ver más allá de sus narices, tenía frío, hambre y la intensa quemazón de su brazo izquierdo no dejaba de atormentarle. Le dolía todo el cuerpo y se incorporó de golpe. Cualquier pesadilla era preferible a la dura realidad.

Caminó a tientas hasta los barrotes, siguiendo una luz. Un soldado de las SS, sentado sobre una silla y con los pies apoyados en la mesa roncaba. Tan sólo un candil iluminaba la estancia. Moore estrechó uno de los barrotes con su mano derecha, eran sólidos y su celda no tenía ventanas. No había escapatoria posible

y tampoco tenía la menor idea de dónde se encontraba. Todo lo que sabía era que había caído en las garras de un monstruo como Ziegler.

Dolorido, apoyó la espalda sobre los gruesos muros de su calabozo y se dejó caer. Su pecho se hinchó cargado de aflicción. La angustia comenzó a corroerle, necesitaba aire fresco, quería salir de aquel oscuro agujero, quería volver a Inglaterra. Comenzó a jadear fruto de la claustrofobia, el agobio se hizo mayor cuando pensó en Sylvie. Las paredes se estrechaban a su alrededor.

Intentó averiguar que le tenía preparado el mayor Ziegler. Supuso que le tendría encerrado durante unas cuantas horas, después le torturaría para tratar de obtener información y una vez supiese todo lo que necesitaba, probablemente acabaría ante un pelotón de fusilamiento. Moore no esperaba clemencia, sabía que no era más que una simple diversión para un sádico. ¿Cuánto podría resistir? ¿Qué clase de métodos de tortura utilizaría Ziegler? Todo lo que sabía era que no le quedaba mucho tiempo.

Newhaven, Inglaterra, 19 de agosto de 1942

Era una noche triste. Cientos de soldados deambulaban por los muelles. A su alrededor permanecían atracadas numerosas embarcaciones: destructores, cañoneras y barcos de transporte. Todo eran caras largas, uniformes manchados de sangre y cabezas gachas. Los supervivientes de la masacrada 2ª División canadiense estaban exhaustos y sus rostros magullados y tiznados. Algunos tenían la mirada vacía, perdida en el horizonte.

Orgullosos regimientos como el Scottish Essex, el Royal Hamilton, el Regimiento Real de Canadá, el South Saskatchewan, los Fusileros de Mont Royal y los Cameron Highlanders habían quedado reducidos a una patética mezcolanza de supervivientes. Muchos habían pensado que a su vuelta a Inglaterra comenzarían

las celebraciones, pero sólo había silencio y caras largas. Los camilleros transportaban a los heridos y los hombres con vendajes ensangrentados eran legión.

Las ametralladoras y los cañones alemanes habían destrozado muchos cuerpos, pero sus disparos también habían acabado con la cordura de muchos hombres. Un canadiense, completamente ileso, pero con sus brazos trémulos y los ojos abiertos de par en par era conducido a un hospital mientras pronunciaba frases incoherentes.

El aspecto de la tropa era lamentable, sus uniformes estaban cubiertos de sangre, otros estaban empapados, tenían los labios morados temblaban de frío después de haberse zambullido en las frías aguas del Canal de la Mancha para huir de las playas de Dieppe. Tan sólo los comandos parecían tener la moral alta. Caminaban con sus armas al hombro y con paso decidido. Sus rostros ennegrecidos reflejaban cansancio, pero también determinación, no parecía que volviesen de una derrota, para ellos no era más que otro día de trabajo.

Sylvie, ataviada con el uniforme caqui del Cuerpo Femenino del Ejército de Canadá se despojó de la gorra y comenzó a buscar a Moore entre las columnas de infantería canadiense y comandos que transitaban por los muelles de Newhaven.

—¿Ha visto al teniente Moore? —preguntó Sylvie a un comando.

El comando, con un cigarrillo entre los labios, su fusil Enfield al hombro y caminando en actitud relajada negó con la cabeza y siguió por su camino. Siguió buscando entre los centenares de heridos y supervivientes. Sylvie impactó contra el pecho de un corpulento comando.

—Vaya con más cuidado, señorita.

—Disculpe, lo siento, estoy buscando al teniente Moore ¿Sabe dónde está?

—No, no sé dónde está —replicó el comando de mala gana.

—¡Moore, Moore! —comenzó a gritar Sylvie.

Hacía gestos con las manos al tiempo que proclamaba a voz en grito el apellido del hombre al que buscaba. Los soldados parecían ignorarla, volvían de un holocausto y todo lo que querían era comer algo y dormir para olvidar la mañana más funesta de sus vidas.

—¡Moore! ¿Alguien ha visto al teniente Moore?

Era inútil, Sylvie comenzaba a temerse lo peor. Las noticias que llegaban del ataque a Dieppe eran aterradoras y no podría soportar que Moore se encontrase entre los muertos.

—¡Deje circular a las tropas, señorita! —le reprochó un sargento con cara de bulldog.

Sylvie hizo caso omiso de las palabras del sargento y se internó entre las columnas de soldados que desembarcaban en Newhaven. Parecían muertos vivientes, olían a pólvora y a salitre y no tenían ganas de hablar. Al verlos, Sylvie sufrió un vuelco al corazón, esas caras solo podían significar que habían vivido un infierno en su incursión en tierras francesas. ¿Por qué siempre tenían que cargar con la amargura derrota? Siempre igual, siempre en retirada, como si la victoria fuese esquiva con los aliados.

Cuando vio a los heridos gimiendo en las camillas al ser trasladados comenzó a dolerle la cabeza. Moore podía ser uno de esos soldados horriblemente mutilados que se deshacían en alaridos. La angustia aumentaba a cada minuto que pasaba, cuanto más veía, mayor era la desesperanza. Se le secó la boca, tenía la lengua pegajosa y su corazón latía muy acelerado, su estómago, presa de la ansiedad rugió. Caminaba con paso no muy firme, tenía la sensación de que iba a desplomarse.

Un capellán tomó por la mano a un hombre mientras este le susurraba algo al oído, poco después, el hombre pereció y el cura cerró sus párpados. Administró la extremaunción al soldado y pidió que le ayudaran a retirar el cadáver. Sylvie, con los ojos abiertos de par en par no se quedó atónita contemplando al hombre que acababa de morir.

—Señorita —el capellán se volvió hacia Sylvie—. Es mejor que no vea esto, por favor, váyase de aquí.

—Yo, yo… —balbució Sylvie con la vista clavada en el cuerpo inerte del soldado—. Yo, verá, yo... Busco, busco, al teniente Rodney Moore, de los comandos.

—No conozco a nadie que se llame así, lo siento —respondió el sacerdote—. Pero, le aconsejo que…

Sylvie no dejó terminar al capellán y continuó buscando entre los heridos. Sus súplicas y sus desvaríos a las puertas de la muerte estaban a punto de hacer que se derrumbase. Sintió náuseas y se apoyó sobre el muro de una casa. Notó un sabor ácido recorriéndole la boca y sufrió la primera arcada. Escupió, volvió a sufrir otra arcada y logró rehacerse mientras un desagradable sudor frío recorría su espalda. Tenía las manos frías y la frente le ardía, era como si la angustia que le embargaba le hiciese sentirse enferma.

Con paso no muy firme continuó buscando entre los heridos. Uno de ellos le tendió su brazo. Sylvie se agachó ante el herido y notó que le estrechaba la mano con fuerza.

—Ha sido horrible —murmuraba el soldado presa de sus delirios—. Ha sido horrible, no había a dónde ir, nos disparaban por todas partes, era una ratonera. Mi pelotón no duró ni cinco minutos.

—Ya ha pasado, soldado —trató de consolarle Sylvie—. Estás en casa, estás en casa.

—Si no fuera por ese teniente, estaría muerto, me arrastró detrás de un tanque y pidió un enfermero para que me sacasen de aquel infierno.

—¿A quién te refieres? —preguntó Sylvie.

—Creo que le llamaban Moore, era un comando, ¡es un jodido héroe!

—¿Sabes dónde está?

El soldado negó con la cabeza, la inquietud de Sylvie iba en aumento. ¿Qué había sido de Moore en Dieppe? Dos enfermeros

retiraron al herido y Sylvie se dirigió hasta un sanitario que valiéndose de un lapicero y una pequeña libreta de papel comenzaba a redactar una extensa lista de muertos, heridos y desaparecidos.

—Disculpe, necesito su ayuda, busco al teniente Rodney Moore, de los comandos.

—Debe entender que esta lista es provisional, señorita.

—¡Busque en esa maldita libreta el nombre que le he dado! —bramó Sylvie hecha una furia.

El sanitario asintió y comenzó a indagar entre la larga relación de nombres. Moore no figuraba.

—No hay ningún Moore en mi lista, lamento no poder ayudarla, señorita.

—¡Sylvie, Sylvie!

El sargento Skinner, la leal mano derecha de Moore y un experto en explosivos, con la guerrera desabrochada, el rostro tiznado y su metralleta Thompson en la mano se abrió paso a empujones entre un grupo de soldados canadienses para llegar hasta Sylvie. Los ojos de Sylvie se iluminaron al ver a Skinner, tal vez supiese algo de Moore, quizás aún no hubiese desembarcado o estaba en otra parte del muelle. Ella se lanzó a los brazos de Skinner.

—Sylvie —logró articular un afligido Skinner.

—¿Qué ha pasado?

La mirada de Skinner reflejaba la tragedia, el sargento de los comandos negó con la cabeza. Las lágrimas brotaron de los ojos de Sylvie.

—¡Ha muerto! —Sylvie se derrumbó sobre el corpulento Skinner.

—No lo sé, todo lo que recuerdo es que se quedó cubriendo nuestra retirada. Le dije que no lo hiciera, pero no quiso hacerme caso.

—¡Moore! —prorrumpió Sylvie en llantos.

Skinner la estrechó entre sus brazos tratando de consolarla. Notaba cómo su cuerpo temblaba a causa de la aflicción. Sintió

una profunda tristeza mientras compartía su dolor con Sylvie. Una lágrima descendió por las mejillas de Skinner. Sylvie había perdido al hombre al que amaba y Skinner a un hermano de armas.

*****

—¡Un momento, señorita! —interrumpió un desgarbado soldado de los Royal Hamilton.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sylvie mientras abandonaba los brazos del Skinner secándose las lágrimas.

—Preguntaba usted por el teniente Moore, ¿verdad?

—Sí —respondió Sylvie tratando de rehacerse ante el soldado.

—No está muerto.

El corazón le dio un vuelco a Sylvie. En tan sólo unos pocos segundos había pasado de la desgarradora desazón a recuperar la esperanza. Se sentía como un juguete en manos de una cruel incertidumbre.

—¿No está muerto? —preguntó Sylvie incrédula.

—No señora, cubrió nuestra retirada, vi cómo combatía hasta el final, menuda bestia, peleó como un auténtico león hasta que le hicieron prisionero.

—¿Le capturaron los alemanes? —preguntó Sylvie.

—Así es —afirmó el canadiense de los Royal Hamilton.

—Gracias, soldado, gracias.

Le preocupó que hubiese caído en manos del enemigo, temía que fuese torturado por las SS o la Gestapo. No podía dejar que los alemanes conociesen el propósito de su misión. Las dudas le asaltaron, ¿cuánto tiempo podría resistir Moore un interrogatorio? ¿Intentaría fugarse? ¿Le tratarían bien? ¿Cuánto tardaría en volver a verle? ¿Podría sobrevivir al cautiverio? Deseó que Moore no despertase la atención de los alemanes, la información que poseía era muy valiosa, sabía que los alemanes eran capaces de torturar y matar para conseguir los secretos que conocía Moore.

Sylvie tenía muchos contactos en la Resistencia Francesa, tal vez pudiesen saber algo de Moore.

—No hay de qué, señorita —se despidió cortésmente el soldado.

—Dios mío, solo espero que no le interroguen —especuló Skinner.

—No quiero ni pensar lo que puede pasarle si ha caído en manos de las SS o de la Gestapo, esos tipos son animales —añadió Sylvie.

—Moore es un hombre duro, aguantará.

—¿Cuánto tiempo podrá aguantar?

Entre el tumulto de lo que quedaba de la maltrecha 2ª División de Canadá apareció el mayor Harry Graves. Como era habitual en él, lucía su cuidado bigote y sobre su cabeza llevaba la boina verde de los comandos. Su uniforme caqui estaba impoluto, ni una sola arruga. El nudo de la corbata era perfecto y al cinto llevaba su pistola Colt. Sus botas estaban lustrosas y en su brazo derecho, bajo su axila, llevaba su fusta. Graves sentía que aquella fusta le otorgaba cierto porte de distinción, al tiempo que le resultaba un recurso muy eficiente cuando había que reprender a individuos indisciplinados como los soldados Harker y Leitner.

Sylvie y Skinner volvieron la vista hacia el mayor. Se mostraba cariacontecido por las desoladoras escenas que presenciaba a su alrededor. Las cejas del inflexible Graves temblaron, le dolía ver a toda una división aniquilada.

—Skinner, señorita Devereaux —saludó Graves.

—Mayor —respondieron Sylvie y Skinner al unísono.

—¿Cómo están los muchachos? Tenemos dos jeeps esperando para llevarnos a Londres, debemos informar a la Inteligencia Naval sobre nuestra misión. ¿Y Moore? —preguntó Graves.

—Le han hecho prisionero, señor, tampoco hemos podido cumplir nuestra misión. Las playas de Dieppe eran un matadero, señor, no había forma de avanzar y tuvimos que retirarnos.

—¡Santo cielo! No puede ser, una masacre y un hombre con información vital en manos del enemigo, ¡menudo desastre! Fleming va a agarrarnos por las pelotas y a retorcérnoslas a base de bien.

Los tres caminaron hasta la salida del puerto, donde dos jeeps con sus respectivos conductores esperaban para llevarlos hasta Londres. Atrás quedaron los lamentos de los heridos y la tristeza de una división vapuleada. Graves parecía absorto en su interior, estaba muy dolido por el desastre acaecido en Dieppe y por haber perdido a Moore, era el mejor oficial que había conocido, temerario, pero leal. Sylvie no dejaba de pensar en Moore y en sus opciones de supervivencia como prisionero del Tercer Reich y Skinner, que no apartaba la vista de ella, se sentía culpable por haber dejado que Moore hubiese cubierto la retirada.

Antes de partir para Londres, Skinner se detuvo a departir brevemente con Sylvie. Dedicó una breve mirada a los jeeps. A bordo del segundo vehículo se encontraban Leitner y Harker. Los dos comandos, sucios y exhaustos dormitaban en el interior del vehículo.

—Lo siento, Sylvie, no debí dejar que Moore se quedase allí.

—No es culpa tuya, Skinner.

—Pude haberme quedado yo —replicó Skinner.

Sylvie tomó por el brazo a Skinner.

—No, no tenías que haberte quedado, Laura te espera en casa. No digas eso, las cosas simplemente salieron mal.

—Pero si yo…

—Dejemos las lamentaciones para otro momento, ahora tenemos una batalla que librar en los despachos —les reprendió Graves desde el asiento del copiloto.

Sylvie posó su suave mano sobre la mejilla de un atribulado Skinner. Parecía que el leal amigo de Moore se castigaba porque su teniente había caído en manos del enemigo.

—Eh, Skinner, deja de torturarte, Moore no volverá porque te auto flageles. No quiero tener que volver a repetirte que no fue culpa tuya.

—Ya, pero si hubiera…
—Skinner, no. No te hagas más daño.
—De acuerdo —admitió Skinner—. Nos vemos en Londres.
—Nos vemos en Londres —repitió Sylvie.

*****

El viaje hasta Londres fue tedioso. El jeep Willys, ampliamente utilizado por los ejércitos aliados no era precisamente un vehículo cómodo para recorrer largas distancias. El mayor Graves, sufriendo las primeras molestias en la espalda comenzó a moverse en su asiento del copiloto. Tras Graves, Sylvie marchaba encogida en los asientos traseros. Ambos ardían en deseos de llegar a Londres y estirar las piernas.

Sylvie se sentía débil, la tensión se acumulaba en las piernas, su estómago estaba revuelto y necesitaba descansar. Pero cada vez que pensaba en Moore, las ganas de dormir se desvanecían. Necesitaba saber de él. No podía resignarse a esperar a que terminase la guerra para volver a verle, eso si Moore lograba sobrevivir a su cautiverio.

Graves se volvió hacia Sylvie. Sabía de sus sentimientos hacia Moore. En los últimos días, esos sentimientos se habían intensificado y habían salido a la luz.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Graves.

—Solo estaba algo dispersa, mayor.

—Tranquila, señorita Devereaux, seguro que alguno de nuestros espías o de nuestros contactos en la Resistencia Francesa conseguirán dar con el paradero de Moore. Propondré a Fleming una operación de rescate, es demasiado valioso como para dejarle en manos de los alemanes.

—Gracias, mayor.

Graves tomó las manos frías y trémulas de Sylvie. Después de poco más de un año trabajando juntos le había tomado cariño.

Aunque no fuese un comando le consideraba un valioso miembro del equipo, aún conservaba una extensa red de contactos en la Resistencia Francesa de su anterior etapa como espía en la Francia ocupada. Era una mujer inteligente y discreta, de gran ayuda para las labores de planificación y muy hábil en el trabajo de inteligencia. Graves tenía plena confianza en ella.

—Sé lo que significa Moore para usted, le prometo que haré todo lo que pueda por él.

Sylvie contuvo las lágrimas y asintió. Graves vio los ojos vidriosos de Sylvie brillando mientras la noche tocaba a su fin. Volvió la vista al frente y en la distancia se perfiló el contorno de la ciudad de Londres: la capital de la resistencia contra el nazismo, el gran baluarte del mundo libre.

Aún estaban recientes los días oscuros en los que la Luftwaffe había castigado Londres con sus constantes bombardeos. La población terminó por acostumbrarse a la guerra, los alaridos de las sirenas anunciando ataques aéreos se convirtieron en rutina y las carreras a los refugios antiaéreos para protegerse de las bombas pasaron a ser algo habitual. Los británicos habían soportado con estoicismo la destrucción. Algunas tiendas, con sus escaparates destrozados mostraban carteles que rezaban "seguimos abiertos".

Al atravesar la periferia de Londres, Sylvie echó un vistazo a una manzana de casas reducidas a escombros de entre los que brotaban hierbas. Tres años antes no se hubiera imaginado circulando entre la destrucción con tanta indiferencia.

Dejaron atrás los suburbios, el conductor les llevó hasta Whitehall y se detuvo con un abrupto frenazo frente al edificio del Almirantazgo. Allí, en la denominada habitación treinta y nueve les esperaba el comandante Fleming, de la División de Inteligencia Naval.

Skinner, Harker y Leitner despertaron de su breve e incómodo letargo. Somnolientos y apestando como perros sarnosos marcharon tras Graves y Sylvie, que caminaban con paso decidido.

—Ahora nos toca batallar en los despachos —anunció Graves.

Edificio del Almirantazgo, Londres, 20 de agosto de 1942

El Almirantazgo tenía su sede en Whitehall, una calle londinense plagada de edificios gubernamentales. Estaba situado junto al Cuartel de la Guardia Montada y muy cerca de la residencia del Primer Ministro en el número diez de Downing Street, así como también se hallaba a escasa distancia de la Oficina de Guerra.

Se trataba de una antigua construcción de estilo Reina Ana con influencias francesas en el que se combinaban piedra y ladrillo rojo. Aquel suntuoso edificio albergaba el cuartel general de la Armada británica y de la División de Inteligencia Naval.

Sylvie, Skinner, Graves, Harker y Leitner se hallaban en territorio de gerifaltes burócratas y brillantes genios al servicio de la Inteligencia Militar británica. Un escalofrío recorrió la espalda de Graves al atravesar la puerta principal, no sabía qué esperar del enigmático comandante Fleming.

Al llegar a la habitación treinta y nueve respiraron un aire viciado y un fuerte hedor a humanidad. Aquello parecía un manicomio de oficinistas, con los teléfonos sonando constantemente y las teclas siendo aporreadas frenéticamente. Fleming tenía un equipo de cerebros a su servicio batallando en sus escritorios entre montañas de papeles y máquinas de escribir.

Las ratas de oficina alzaron la vista y observaron sorprendidos a los comandos sucios, recién llegados desde los infiernos. No tardaron mucho en volver la vista sobre sus documentos. Graves al frente de sus hombres, se dirigió a grandes zancadas hasta el despacho de Fleming. El mayor se detuvo a unos pocos pasos de la puerta.

—Cuidado con lo que dicen, es más, Harker, usted es un jodido bufón, así que mantenga la boca cerrada y compórtese.

—Está bien, pero, ¿van a darnos de comer, mayor? Me muero de hambre —replicó Harker—. Seguro que no, ese Fleming será un hijo de puta agarrado y desagradecido.

—¡He dicho que cierre la boca, maldito cabrón! —bramó Graves—. ¡Sepa que no estoy de humor para sus chorradas!

Las miradas de los oficinistas se dirigieron a Graves, que blandió su fusta para golpear al lenguaraz Harker. El corpulento comando se hizo un ovillo y gimió al ser agredido por Graves.

—Y usted, Leitner, cierre el pico y no procure robar nada por una vez. Si me entero de que roba algo, aunque sea un simple lápiz, le cortaré sus sucias manos de cerdo.

—Sí, señor —Leitner no quería que el mayor continuase descargando su ira a través de su fusta.

—Sólo hablaremos Skinner, la señorita Devereaux y yo. ¿Queda claro?

—Sí, señor —respondieron todos al unísono.

Un oficial de la Armada abrió la puerta del despacho de Fleming y les pidió cortésmente que pasaran.

—Por favor, pasen, el comandante Fleming les está esperando.

El despacho de Fleming estaba repleto de torres de papeles permanecían apiladas sobre su mesa y también disponía de dos teléfonos para poder comunicarse con las distintas ramas de la Inteligencia Naval. Como asistente del Director de Inteligencia Naval debía hacer frente a una gran carga de trabajo, pues estaba vinculado al Comité Conjunto de Inteligencia, al Ejecutivo de Guerra Política, al Servicio Secreto de Inteligencia y a la Dirección de Operaciones Especiales.

Graves dirigió su mirada hacia la ventana, las cortinas oscuras estaban abiertas. Al percatarse de las excelentes vistas de las que disponía Fleming en su despacho pensó que aquel misterioso oficial de la Armada era uno de los cerebros que dirigían la guerra. Desde aquella estancia podían verse en Cuartel de la Guardia Montada, el Ministerio de Exteriores, el Ministerio del Aire y

la Oficina de Guerra. Al fondo, quedaba el Big Ben de estilo neogótico con su enorme reloj.

—Siéntense, por favor —Fleming no les prestó demasiada atención, estaba absorto en unos expedientes que reposaban sobre su mesa.

—Se presenta el mayor Graves para informar, comandante.

Fleming por fin alzó la vista y miró directamente a los ojos a Graves. El perspicaz y creativo oficial de Inteligencia tenía el rostro huesudo y los ojos azules. Vestía el uniforme azul oscuro de la marina, con tres franjas doradas onduladas sobre las mangas de la chaqueta, camisa blanca y el nudo de la corbata bien cuidado. Era un apasionado de su trabajo, pero también podía ser desagradable en el trato con las personas, porque para él, lo primordial era alcanzar los objetivos.

—En tal caso, mayor Graves, informe.

—Acabamos de regresar de Dieppe, comandante, la operación ha fracasado, miles de canadienses han muerto en las playas y los hombres de mi pequeño comando no han podido cumplir con su objetivo. Por otra parte, es mi deber comunicarle que el teniente Moore ha caído en manos del enemigo.

—¡Qué desastre! ¡Dios mío! —se lamentó Fleming—. El comando de los Marines Reales, que como ustedes sabrán, tenía el mismo objetivo, tampoco ha podido cumplir con su misión. ¡Un rotundo fracaso!

—Comandante, el teniente Moore posee información vital sobre la operación y ha caído en manos del enemigo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Fleming inquieto.

—Verá, señor —explicó Skinner—. La situación se volvió insostenible, avanzar era imposible y Moore, perdón, el teniente Moore se encargó de cubrir nuestra retirada, se quedó sólo y los alemanes le capturaron.

Fleming frunció el ceño. Pareció meditar durante unos segundos. Se hizo un incómodo silencio. Graves, Skinner y Sylvie